

I

Prólogo

«Señor, enséñanos a orar»
(Lucas 11, 1)

Soy un peregrino en el tiempo. Me he trasladado a Tierra Santa con la imaginación y un rotundo anhelo de verte, escucharte y sentirte cerca. Me gustaría tener el móvil conmigo y grabar este singular momento, para verlo una y otra vez en la intimidad, y saborear tus palabras y gestos. Pero ahora mismo no quiero distraerme en nada ni pensar en otras cosas. Es un momento sublime que perciben mis sentidos y hace palpar mi corazón.

Voy detrás de ti, sigo tus pasos y camino con decisión hacia donde te diriges. Hay un magnetismo único que transmites con tu presencia. Después de un tiempo de caminar y seguirte, frenas la marcha y buscas un lugar adecuado para dirigirte a quienes hemos venido a estar

contigo. Encuentras un peñasco en lo alto de una colina que te sirve de escenario para expresar tus palabras.

Pero antes de empezar, haces un breve silencio, mientras observas detenidamente a cada uno de los que estamos allí presentes. Tu mirada es serena y apacible. Inspiras una enorme confianza con tu expresión amable y cercana. Estoy atento a cada uno de tus gestos y expresiones. No siento pasar el tiempo ni advierto el lugar donde me encuentro. Todo me parece que se ha detenido a mi alrededor.

En ese instante caigo en cuenta del portentoso momento que estoy viviendo: es Jesús que me mira con sus ojos llenos de ternura y afecto. Yo me ruborizo y bajo discretamente la mirada, porque me reconozco pequeño y frágil, como un niño travieso que hace trastadas cada vez que se encuentra solo. No importa. Me sigues mirando en un instante que parece eterno, pero estoy dichoso. Siento una inmensa paz. No me juzgas, no me acusas y no me ves como un trasto, sino como un padre cariñoso ve a un hijo. Me miras con amor y misericordia.

Luego miras a los demás con predilección particular. No ha pasado mucho tiempo desde que hemos llegado, pero percibo que este instante es un regalo maravilloso que no quiero que acabe. Reina el silencio en medio de una profunda vibración interior. Estoy contemplando la escena como un espectador, pero me haces sentir como un protagonista del momento.

Estoy contemplando la escena como un espectador, pero me haces sentir como un protagonista del momento

Comienzas a hablar despacio con un tono suave y cálido. A medida que lo haces, tu rostro parece iluminarse, mientras un destello de tus ojos me mantiene atento a tus gestos y palabras. En medio de ese trance, advierto tu sonrisa, que es diáfana y natural. No hay nada superficial o fingido en ella, toda tu expresión corporal es un reflejo de tu profunda sencillez.

A medida que hablas, se trasluce la belleza de tu corazón sabio. Dices las palabras precisas, sin excederte o quedarte corto. Cada frase contiene una riqueza infinita. No hablas de forma sofisticada o incomprensible, sino más bien de cosas que me rodean y conozco. Todo lo que dices es fácil de comprender e interiorizar. Es como escuchar algo familiar, pero al mismo tiempo sumamente novedoso y lleno de sentido.

Me pellizco discretamente para descubrir si esto es un sueño, pero advierto que todo me resulta tan cierto y real. Conmueve verte en directo y de cerca. El viento sopla delicioso, por ráfagas, que alejan toda sensación de humedad y calor. Tu presencia lo ocupa todo. Estoy sentado en el suelo, pero no me cansa ni me molesta estar así. Quiero seguir escuchándote y paladeando cada historia

que cuentas en tus parábolas. Me confieso cautivado por Tu Palabra.

Quiero seguir escuchándote y paladeando
cada historia que cuentas en tus parábolas.
Me confieso cautivado por Tu Palabra

CREO, ESPERO Y AMO

Todo lo que dices me gusta y quiero seguir escuchando, pero mientras hablas mi mente hace traición y me distraigo en pensamientos remotos, dispares y lejanos. Rectifico pronto y vuelvo a fijar mi atención en ti. No es difícil volver, porque tu palabra «es viva y eficaz» como dicen las escrituras. Pero caigo en cuenta que soy débil, variable y distraído. Lo tengo claro, necesito reforzar mis virtudes para soltar amarras y ambigüedades.

Estoy convencido que mis circunstancias no son distintas de los que están a mi alrededor, pero el mensaje lo recibe cada uno según sus disposiciones interiores. Entonces, percibo que las palabras de Jesús se dirigen a cada uno, sin generalidades, sino con la llamada firme para emprender un camino personal hacia esa luz poderosa que transmiten sus palabras. Busco en mi interior donde alojarlas para que alumbren mi corazón, pero lleva un tiempo vacío y me siento movido a cambiar mi forma de ser.

Es un instante de gran decisión y al buscar tu mirada, me encuentro con la certeza que evocan tus reflexiones en voz alta. Mi corazón vibra de emoción y en lo profundo de mi interior exclamo: «Creo, espero y amo». Porque es muy cierto eso que: «Nuestra oración será buena y fecunda si se fundamenta en la fe, la esperanza y el amor. Porque en ellas reside el dinamismo fundamental de la vida cristiana» (Philippe, 2014).

Creo, porque la fe es lo que activa mi vida de oración. Es la fuerza poderosa que mueve montañas, que arranca árboles y los trasplanta en el fondo del mar. Y que me mueve a dar pasos en firme en la dirección que Dios propone y me hace confiar en su palabra divina. Escucho tu voz y eso me produce un enorme deseo de caminar hacia ti y fundirme en un abrazo contigo. Creer vale oro, porque me permite estar unido a Dios, mi alcázar, la roca a la que me aferro con seguridad.

El que cree, espera. Porque la fe no es un sentimiento vago, fugaz o pasajero, sino la certeza de lo que está por venir. Como bien recoge la carta a los Hebreos en el Nuevo Testamento: «La fe es fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven» (Heb 11,1). Por eso, necesitamos de Dios, de su sabiduría infinita, para enfrentar los desafíos que se nos presenten. Nos fiamos de Él porque sabemos que su palabra es verdadera, y siempre enriquece con su gracia a la inteligencia y voluntad de quien se acoge a su bondad.

El que espera, ama. Ama con todo su ser, porque el amor es personal, activo y audaz. No es una expresión automática de los sentidos, un mero acompañamiento temporal o un hacer las cosas por el otro sin más, sino la expresión más pura de la presencia personal. Una presencia plena y rotunda que llena mis días de inmensa alegría. «Tendemos a confundir la felicidad con el bienestar. El bienestar tiene que ver con los sentidos, la felicidad tiene que ver con algo que colma el corazón» (Puig, 2018).

Por lo cual, estar con Jesús no es simplemente pensar en su nombre o verlo en la distancia, sino en amarlo por entero, llenarnos de su presencia y tener fuego en el corazón. Por eso, la oración nos lleva a contemplarlo de cerca y a interiorizar su palabra, que nos enciende el alma y le da una nueva existencia. A veces la vida es un compendio de altos y bajos, encrucijadas, miserias y tribulaciones, caídas y subidas, en fin, una colección de circunstancias que entretejen la realidad personal.

Pero esta contemplación diviniza nuestra humanidad y eleva el espíritu hacia alturas insospechadas. Consigue activar nuestras facultades y talentos, y nos vuelve creativos para comprender sus mociones e inspiraciones. Esa cercanía tan poderosa, nos hace gozar del sumo bien y saborear la maravilla de su verdad. En definitiva, nos hace herederos de su propia identidad. Nos vuelve parte de su familia, hijos predilectos. Todo lo cual nos hace palpar la felicidad.

TIEMPO PARA DIOS

Vuelvo al encuentro cara a cara con Jesús. Ahora guarda silencio. Hace una pausa en su predicación, que inunda todo el lugar de sosiego y espacio para la reflexión. Me conmueve ese recogimiento esculpido en una gran naturalidad. Es interesante darme cuenta de que hasta ahora no ha buscado imponerse con largos discursos, sino con frases encendidas y parábolas, que alumbran el entendimiento y llenan de gozo el corazón.

Este silencio suyo me llena de una inmensa paz y serenidad. Parece como si está dialogando interiormente consigo mismo. Pero es más que eso, porque en realidad está en íntima comunicación con su Padre. Cierra por un momento los ojos y su expresión es sublime, como saboreando el momento de esa conexión divina con el AMOR en mayúsculas. Esa maravillosa afinidad se manifiesta en la lozanía de su rostro, en su amable sonrisa y en la expresión cariñosa de sus ojos, que al abrirlos alcanza todo con su luz.

Luego de ese precioso paréntesis, retoma el hilo de su predicación. Dice unas frases redondas, claras y llenas de sentido, que se quedan resonando en mi interior. Sus palabras hablan de la riqueza de permanecer a su lado, del insondable misterio del amor y la amistad. «Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor» (Jn 15,9). Y prosigue explicando el alcance supremo de esta ley del amor: «Nadie tiene amor más grande

que el de dar uno la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he hecho conocer» (Jn 15, 13-15).

Suspiro largamente y me centro por un instante en eso que acabo de escuchar. Recorro despacio cada una de sus palabras como silabeándolas, para comprender su significado y reflexionar sobre lo que me dicen a mí en este momento de mi vida. Pienso que este espacio de gran intimidad con Jesús es algo muy valioso, lleno de una prodigiosa oportunidad. Me parece que es la perfecta ocasión para abrirle mi corazón y decirle lo que pienso, siento y amo.

Por lo cual, este instante de gran intimidad y reflexión interior, es el fruto valioso de la oración. Un tiempo lleno de contenido y de profunda conexión con quien todo lo puede y todo lo sabe. Un tiempo necesario para hablar con Dios, sin prisas ni máscaras, sino con la certeza de saberme hijo suyo.

Este instante de gran intimidad y reflexión interior, es el fruto valioso de la oración

PADRE Y MAESTRO

Ese convencimiento de saber que Dios es un Padre misericordioso que espera a su hijo a lo largo de cada día, como en la parábola del *hijo pródigo*, me impulsa a hablarle y contarle mis batallas. Él lo ha visto y escuchado todo, y no se escandaliza de nada de lo que le contamos. Es uno mismo el que se agobia por esas situaciones que duelen, inquietan o conmueven.

Pero qué maravilloso es salir de esa oscuridad y encontrar la luz al final del túnel. Esa sensación no tiene precio. Da una gran paz saber que todo, en la medida que pongamos de nuestra parte, se puede superar agarrado de su mano y de su palabra. Como bien decía san Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti», que es como un poderoso canto a la libertad de cada persona.

Al percibir sus inspiraciones, palabras y afectos, se activan los mimbres de nuestra voluntad personal y descubrimos gradualmente la senda de la felicidad. «La palabra de Jesús es para todos, pero actúa en cada uno de manera diferente» (León XIV, 2025). Por eso, es necesario apagar el ruido exterior y escuchar con atención todo aquello que nos quiera decir en lo profundo de nuestro ser. Su palabra es la de un padre, pero también la de un sabio maestro que nos conoce bien, nos quiere a tope y contempla nuestras particularidades.

En cada etapa de nuestra vida, necesitamos esa mirada apreciativa, perceptiva y sabia, que reconduzca nues-

tros pasos por el buen camino, aunque sea el más largo. Un padre y maestro así, nos enseña con audacia y pedagogía divina las acciones necesarias para enderezar la vida y sacar propósitos que alumbren la ruta.

Sus palabras resuenan en nuestra mente con una inmensa fuerza y nos sentimos en buenas manos. «¿No es mi palabra como el fuego —oráculo del Señor—, y como martillo que hace añicos la roca?» (Jer 23, 29). A tal grado que, a cada paso que damos, nos encomendamos a Él y queremos seguir escuchando su voz, para hilar fino en todo lo que nos proponemos vivir. En definitiva, queremos saborear sus enseñanzas y comprender mejor lo que nos quiere decir con su forma de hablarnos.

SEÑOR, EXPLÍCANOS LA PARÁBOLA

Al llegar a este punto de su predicación, Jesús habla del Reino de los Cielos a través de parábolas. Una tras otra, nos muestra el sentido sobrenatural de su infinita misericordia. «Cada parábola cuenta una historia tomada de la vida cotidiana, pero quiere decirnos algo más, nos remite a un significado más profundo. La parábola suscita en nosotros interrogantes, nos invita a no quedarnos en las apariencias» (León XIV, 2025).

Una de ellas es la parábola del «trigo y la cizaña», que habla de un hombre que sembró buena semilla en su campo, pero mientras dormía un enemigo sembró cizaña en

medio del trigo, que al brotar y echar espiga apareció la mala hierba. A lo que los siervos del amo van a decirle: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?» (Mt 13, 27). Y tras esas cuestiones, le sugieren arrancarla. Pero el amo se niega, porque no quiere dañar el trigo. En su lugar, ordena dejar que crezcan juntos hasta la siega, porque entonces dirá a sus segadores: «Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo, en cambio, almacenadlo en mi granero» (Mt 13, 30).

Y así como esa parábola, cuenta otras más que van en la misma línea. Pero después de haberle escuchado atentamente, queremos saber lo que nos ha querido decir con esa historia. Por eso, le decimos con total confianza: Señor, «explícanos la parábola de la cizaña del campo» (Mt 13, 36).

Él accede a la petición y nos la explica con lujo de detalle: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre, el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será el fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán de su Reino a todos los que causan escándalo y obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego». Y concluye con un destello de esperanza: «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13, 37-43).

¡Qué maravillosa pedagogía contiene cada parábola de Jesús para explicar realidades de gran magnitud espiritual! Esta manera de hablar y enseñar nos hace comprender su mensaje de forma más clara, sencilla y directa. «Jesús es la Palabra, es la Semilla» (León XIV, 2025). Es una forma interesante para entenderle, darle sentido a lo que leemos o escuchamos, y convertirnos en protagonistas de primera línea de las historias que cuenta.

¡Qué maravillosa pedagogía contiene
cada parábola de Jesús para explicar
realidades de gran magnitud espiritual!

Por eso, en este libro tomo de referencia siete parábolas para hacer oración. No son las únicas ni la totalidad de las que existen en los evangelios. Pero estas que he incluido aquí, las he elegido para que nos ayuden a tener un espacio de diálogo con Jesús y sacar propósitos firmes a partir de nuestras circunstancias particulares.

En cierta forma, cada parábola es como una ventana que se abre por completo para percibir la naturaleza divina de Cristo y apreciar de cerca su humanidad en nuestra vida. Lo cual es un regalo para crecer en vida interior y darle un sentido a todo lo que hacemos.

Entonces, ¿qué novedad puede haber en un texto de este estilo? Pienso que el cielo es el límite, porque la pa-

labra de Dios siempre es certera para abrir nuevos cauces a nuestros anhelos, proyectos e inspiraciones. «Es más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4, 12).

Sin embargo, nos pasamos la vida corriendo de un lado a otro en incesante actividad y habitualmente nos cuesta encontrar unos minutos para parar y hacer un momento de oración. Si ese es el caso, estas siete parábolas pueden ayudar a centrar nuestra atención en lo importante y dar una pausa a lo urgente. Estoy consciente que todo esfuerzo de recogimiento es un desafío grande para las personas, pero una vez se acallan las voces externas se abre paso a escuchar la prodigiosa voz de Dios que nos habla en lo profundo de nuestro interior.

Por lo cual, al hilo del índice de este libro, todas las referencias de los evangelios donde figuran estos cautivadores relatos que cuenta Jesús a sus discípulos han sido extraídas de la Biblia de Navarra (EUNSA, 2012). Asimismo, acudo a la opinión calificada de varios autores espirituales o contemporáneos, que destacan el valor de la oración y la relevancia de las parábolas para dar luz a nuestra vida de forma excepcional y memorable. Finalmente, en cada capítulo procuro incluir citas de libros, breves relatos y alguna escena de película en las que se ven reflejadas estas enseñanzas de modo singular.

Agradezco al equipo de EUNSA por todo el apoyo que me han brindado en este nuevo trabajo editorial y por su valiosa contribución profesional para enriquecer el contenido de este manuscrito. Aprecio su dedicación y esmero en todo lo que hacen.

Un agradecimiento especial a mi esposa e hijos, a los que dedico siempre el fruto de cada publicación, por su amor incondicional y los detalles tan especiales que me regalan cada día con su cercanía y forma de ser. ¡Los amo con todo mi corazón!

Raúl Alas Alas